

Navidad. Año A

Lectio divina sobre Jn 1,1-18

La contemplación de la encarnación de Dios llevó a la alabanza a los primeros cristianos y se volvieron poetas para balbucir el misterio. El himno era la mejor descripción del designio salvífico. Juan prologa su evangelio con esta meditación sobre la Palabra de Dios que, en Jesús de Nazaret se hizo habitante de este mundo: Palabra de Dios antes del tiempo, creadora de la vida, se convirtió en tiempo y vida de hombre; hecha carne, hizo posible la contemplación de la gloria de Dios. Dios se declarará padre de cuantos la reciban como su automanifestación personal: la aceptación de su Palabra es el camino de la filiación divina. Dios ha quedado, por fin, al alcance del creyente; acampado en su mundo, no le podrá ser ya ajeno; pero la única contemplación de Dios posible es la que se consigue mediante la escucha de su Palabra. Y es que Dios ha salido a nuestro encuentro a través de su Verbo; quien oye al Hijo reconoce al Padre. La obediencia a Jesús es el camino para intimar con el Dios que ha acampado entre nosotros. Todo eso, y más, dicho en forma ritmada y simbólica, es lo que constituye el pasaje evangélico.

¹En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios.

²La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

³Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

⁴En la Palabra habla vida, y la vida era la luz de los hombres.

⁵La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

[⁶Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: ⁷éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. ⁸No era él la luz, sino testigo de la luz].

⁹La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre.

¹⁰Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció.

¹¹Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

¹²Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre.

¹³Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

¹⁴Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

[¹⁵Juan da testimonio de él y grita diciendo:

«Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."»]

¹⁶Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia.

¹⁷Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

¹⁸A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

En lugar de 'narrar' lo sucedido, el evangelio hoy 'contempla' el misterio: más que hablar de él, se adentra en él. La encarnación de Dios no es recordada como algo pasado o vista desde fuera, es celebrada en la actualidad y aceptada en la fe: con el himno el creyente lo expresa en profundidad porque le nace de sentirlo y con-sentirlo, es decir, recibirlo, en el corazón. Al introducir Juan con este himno su evangelio, auténtica 'biografía' de la Palabra encarnada, señala cuál ha de ser la actitud fundamental de sus lectores: la admiración de un misterio incomprensible que comprende a quien, agradecido, lo contempla.

Para poder ensamblarlo mejor en su narración, Juan ha modificado el poema original con algún añadido propio, el más obvio, por su tono prosaico, se centra en la figura del Bautista (1,6-8.15), al que ve subordinado a la Palabra, como su testigo; menos evidentes, la adición 1,12c-13 sirve para explicar cómo llegan los hombres a ser hijos de Dios (1,12b) y 1,17-18, que comenta la sobreabundancia de la gracia (1,16).

El himno se abre en el principio absoluto, en un umbral, sin tiempo ni espacio, reservado a Dios en exclusiva (1,1-3): antes de todo existía la Palabra, todo lo que existe por la Palabra. Tras poner en Dios, previo a la creación, el inicio de la historia de Jesús, el cántico pasa a contemplar la relación de la Palabra con el mundo de los hombres, la parcela más importante de la creación, el lugar y motivo de su encarnación (1,4-5). Un primer incisivo (1,6-8) coloca la obra reveladora de la Palabra en un preciso contexto histórico: rechazada como luz, hubo quien dio testimonio a favor de la Palabra, Juan Bautista. Retoma el cántico el tema de la encarnación y menciona la 'acogida' de la Palabra encarnada por parte de los hombres (1,9-13). En 1,14 el cántico alcanza su cénit: la divina Palabra hecha carne, de estar junto a Dios acampó entre hombres, quienes así pudieron 'ver' su gloria, el ser hijo del Padre. A su favor se cita el expreso testimonio del Bautista (1,15) y una profesión de fe de la comunidad (1,16-18) que afirma la historicidad de la manifestación de Dios en la Palabra encarnada y su exclusividad salvífica.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Ha de llamarnos la atención recordemos hoy esa histórica decisión de Dios de hacerse hombre como y entre nosotros, *'cantándola' con un himno y no contándola con una narración*. Ante tamaño misterio, no hay lugar para la descripción o la explicación, solo para la admiración y el agradecimiento; cualquier intento de hacerla comprensible, está abocado al fracaso. De ahí que Juan, que no narra el nacimiento de Jesús, ni siquiera su anuncio, inicie su evangelio recreando poéticamente la encarnación de la Palabra. Sólo un lenguaje bello hace justicia a esa incomprensible opción divina: sólo con amor se habla bien del Amor.

La forma poética elegida por Juan no es, en modo alguno, indiferente. Expresar el misterio y *hablar del amor es oficio de contemplativos que, necesariamente, se vuelven poetas*. Habría que preguntarse por qué, entre creyentes, escasean tanto los poetas y abundan los narradores. El poeta respeta el misterio que adora; el cronista cree conocerlo sólo porque lo sabe narrar. *El Dios que se encarna merece más nuestra admiración que nuestras explicaciones, más le servimos con nuestro anonadamiento que con nuestros razonamientos. A la Palabra hecha carne la respeta mejor nuestro silencio que nuestras disquisiciones.*

Contemplar, anonadados, el misterio de la encarnación de Dios es la forma más eficaz de cambiar de vida. Pues, ¿qué celebramos, en realidad, sino la ilusión que tuvo Dios de ser lo que nosotros somos, hombres de carne y hueso?. La opción que Dios tomó cuando tomó nuestra vida, se celebra cambiando radicalmente de modo de vivir esa vida que eligió para sí todo un Dios ¿o qué otra cosa celebramos fuera del cambio de vida de todo un Dios? *¡Bien merece la pena una vida – la nuestra – que, por más humana que sea, fue digna de Dios!*. Si la memoria de la encarnación no nos hace amar más y mejor la vida que tenemos y no nos dejan más entusiasmados ante el Dios en quien creemos, vana habrá sido nuestra contemplación del misterio de la navidad.

Porque lo que, como cristianos, celebramos en navidad es la decisión de Dios, un buen día, de hacerse tan hombre como cualquiera de nosotros; y *desde entonces*, desde esa primera navidad, *Dios no ha dejado de ser hombre, en todo semejante a nosotros*. No sabemos bien por qué lo hizo – nunca lo sabremos del todo, es secreto 'divino' -, ni siquiera podemos entender completamente cómo pudo hacerlo, es 'misterio' que guarda Dios en su corazón. Pero el hecho es que Dios es, y para siempre, un hombre, solo y siempre hombre, Jesús de Nazaret. *¿Qué tendrá el hombre, qué tenemos cada uno de nosotros - deberíamos preguntarnos -, que Dios lo vio digno de sí y se empeñó en hacerlo suyo?*

Admirar, sin poder entender del todo, la encarnación de Dios, nos debería ayudar a cambiar nuestra forma de ver al hombre, a cualquier hombre, pues en él atisbamos a vislumbrar a nuestro Dios. Merece confianza un Dios que no quiso permanecer siempre ajeno a nuestro mundo, un Dios que no aguantó ser totalmente diverso de nosotros, un Dios que quiso serlo siendo 'Dios-con-nosotros'. *Un Dios así es fácil de encontrar: para buscarlo habrá que meterse de lleno entre los hombres, 'acampar en nuestro mundo', allí donde él entró para hacérsenos el contradizo; de un Dios así, con manos y corazón de hombre, puede uno sentirse atendido más fácilmente: bastará mantener las manos activas, cumpliendo su voluntad, y el corazón despierto, amando su querer; hablando con El de nosotros, le hablaremos de cuanto ya conoce, por haberlo experimentado: amor e infidelidad, dolor o alegría, soledad y amistad, triunfos y fracaso, vida y muerte le son familiares; la aventura de ser hombre la conoce nuestro Dios por haberla protagonizado; con un Dios así resulta cómodo intimar: nada humano le es indiferente, conoce nuestros sentimientos porque sintió con un corazón humano y comprende nuestros pensamientos porque tuvo mente humana. Un Dios, tan cercano, tan semejante, no puede inspirarnos más que asombro y ternura, maravilla tanta como amor. De un Dios así se puede estar orgulloso.*

¿O no debería dejarnos pasmados saber que, desde que Dios se encarnó, *la cara de un hombre es el rostro de Dios?* El Dios que hizo al hombre a su imagen y semejanza, terminó por hacerse Él mismo a imagen y semejanza del hombre. Esta decisión de Dios no la entenderíamos bien, si no entreviéramos las consecuencias que tiene para nosotros: si Jesús de Nazaret ha sido la vía que Dios ha recorrido para venir entre los hombres, Jesús de Nazaret ha de ser el camino que debemos seguir para llegar hasta Dios. Ya nos podemos imaginar a Dios, aunque todavía no lo veamos cara a cara; ya podemos identificar su voz, aunque sigamos sin escucharle; ya lo podemos presentir, aunque aún no lo alcancen nuestras manos: en Jesús está Dios. Y cuanto más pensemos como él, si queremos lo que él desea, si actuamos según él actuó, tendremos a Dios en nuestros pensamientos, en nuestro corazón y entre nuestras manos.

Esta es la buena noticia 'navideña': para contemplar a Dios, no nos hace falta más que fijarnos en Jesús; ve a su Dios quien se dedica a contemplar a Jesús; admira a Dios quien no deja de mirar a Jesús: ¡como no quedar prendados de un Dios semejante! Pero no nos quedemos sólo en ello: comprendamos que, si Dios no tiene ya otra apariencia ni otra palabra que la de Jesús, no debemos servir a ningún otro que no sea él, si queremos ser siervos del único Dios. *Todo lo que no sea Jesús no puede ser Dios para nosotros*: nos ha quedado vedada, pues, cualquier otra imagen de Dios, por extraordinaria que la pensemos; y cualquier otro camino que no sea la persona de Jesús, hijo de María.

Si Jesús de Nazaret es el camino de Dios hacia el hombre, si un hombre concreto es la faz de Dios, quiere ello decir - y es la segunda consecuencia que debemos asumir los creyentes en la encarnación de Dios - que *el hombre concreto es el camino del hombre hacia Dios*. No es casual que Dios se nos haga el contradizo en un hombre: además de creatura suya, su imagen por antonomasia, un hombre fue el lugar del encuentro de Dios con nosotros; su templo y su teofanía. *No podemos buscar al Dios de Jesús lejos de donde se nos apareció: no es el cielo*

el lugar de su presencia sino la tierra, donde los hombres viven o malviven; el Dios de la navidad habita entre nosotros; todo hombre, en especial, los más desvalidos, los menos afortunados, los menospreciados u olvidados, reflejan mejor su rostro, más se le parecen.

*En el hombre, en todo hombre, hay algo divino: si no lo apreciamos, no será porque no exista; es que no tenemos la misma fe en el hombre que Dios tuvo cuando se encarnó, es que no tenemos una confianza en nosotros mismos semejante a la que Dios depositó, cuando se hizo como nosotros. *No sería auténtica nuestra fe en la navidad si no nos hiciéramos más humanos y no recuperásemos la confianza en los hombres. Si la tuvo Dios, ¿por qué no nosotros?**